

Costa y su figura en Aragón

POR
GASPAR MAIRAL BUIL

El 7 de febrero de 1911 moría en Graus Joaquín Costa. Los acontecimientos que se desencadenaron tras su muerte no dejan de revestir una cierta significación. En la propia antesala de su alcoba se desencadenará una batalla por sus despojos, por un cuerpo debilitado en extremo tras años y años de penurias y privaciones. A iniciativa de Tomás, hermano y testaferro de Costa, y empujado por la opinión pública, el Gobierno de la nación pretende en principio sepultar a Costa en el Panteón de Hombres Ilustres que había sido recientemente construido en Madrid, al mismo tiempo intenta evitar que esto suceda, pues la presencia de Costa, aun muerto, en el mismo Madrid les parece políticamente peligrosa. El cuerpo de Costa es llevado hasta Barbastro, ciudad muy «costista» y querida por él y desde allí por tren hasta Zaragoza y Madrid. Los acontecimientos que a partir de entonces se desencadenan son bien conocidos: una muchedumbre espera al ataúd en la estación del Norte en Zaragoza para impedir que el tren reanude su trayecto y exigen que el cadáver de Costa no salga de Aragón. Costa no llegó a Madrid y fue finalmente enterrado en el cementerio de Torrero en Zaragoza. Hoy sabemos, y Cheyne da cuenta de ello en su conocida biografía de Costa, que agentes a las órdenes del Gobierno actuaron para promover esta reacción popular «aragonesista» que tuvo lugar en Zaragoza. Parece que las intenciones de estas gentes que sinceramente querían retener a uno de sus muertos más ilustres para que volviera a la tierra que fue la suya, beneficiaba a un Gobierno que para nada quería a un Costa muerto, desfilando por las calles de Madrid y convertido en arma política.

Vale la pena leer un fragmento del relato que de estos mismos acontecimientos hace José García Mercadal, periodista que conoció personalmente a Costa:

«El pánico del gobernador civil, llegado al paroxismo, se trocó en júbilo desbordante cuando, al disponerse a salir de su despacho para dirigirse a la estación del Norte, le entregaron un telegrama del Gobierno accediendo a que el gran aragonés fuese enterrado en Zaragoza. Y así pudo el 11 de febrero de 1911, aniversario de la proclamación de la primera República en España, detenerse aquel fúnebre traslado tan próximo a convertirse en un día de doble luto, y al siguiente ser visitado el cadáver por más de treinta mil personas, que desfilamos por la capilla ardiente del Ayuntamiento, y a las cuatro de la tarde iniciarse la comitiva del solemne entierro, y, ya de noche, darse al muerto tierra sagrada en Torrero, merced a un permiso especial; de noche, a la luz de

antorchas, en el cementerio donde años después se alzaría un monumento en el que se lee, sobre lápida de marmol, el siguiente epitafio...».¹

Tal como indica García Mercadal, y transcurridos unos pocos años, se construyó el mausoleo que todavía hoy se puede contemplar en el cementerio de Torrero en Zaragoza. La lápida que entonces se colocó lleva inscrito un epitafio que fue redactado por Manuel Bescós (Silvio Kossti), amigo de Costa al tiempo que personaje muy destacado del costismo aragonés y que reza así:

«ARAGÓN A JOAQUÍN COSTA, NUEVO MOISÉS DE UNA ESPAÑA EN ÉXODO. CON LA VARA DE SU VERBO INFLAMADO ALUMBRÓ LA FUENTE DE LAS AGUAS VIVAS EN EL DESIERTO ESTERIL. CONCIBIÓ LEYES PARA CONDUCIR SU PUEBLO A LA TIERRA PROMETIDA. NO LEGISLÓ.»

Costa, que vio fracasar en vida su propia carrera política y por ello, entre otras cosas, buscó en sus últimos años el refugio de Graus, era, casi a la fuerza, sacado de su lugar más querido para volver arropado por la multitud a la capital de la nación, allí donde él anheló triunfar. La acción del Gobierno, empeñado en impedir la presencia del cádaver de Costa en Madrid, revela el triunfo postrero de alguien que después de muerto alcanza una relevancia política importante. Así que Costa es de nuevo uno de esos personaje tan queridos por la imaginación popular y que reinan, triunfan o se vengan después de muertos. Pero además la intervención de una multitud, si bien manipulada, que vincula a Costa con Aragón de un modo tan definitivo como es el «para siempre», nos deja ver que Costa era ya entonces una pieza esencial para el aragonesismo popular.

Este conjunto de apreciaciones me sirven para mostrar inicialmente la «figura» de Costa y justificar así mi interés por una imagen que han venido utilizando los aragoneses en diversas circunstancias y contextos. Éste va a ser el tema del presente artículo.

La metáfora bíblica que hace de Costa un nuevo Moisés viene a resaltar el carácter profético de su figura tal como se representa años después de su muerte. También la imagen del agua «alumbrada», «la fuente de las aguas vivas», transmite un mensaje cargado de hondo significado. El propio Costa utilizaba frecuentemente la expresión «alumbrar el agua», en campo semántico abierto a la vida o mejor aún a dar vida. Este magnífico epitafio es más explícito todavía en el uso de otra imagen que ha venido siendo esencial en el imaginario popular aragonés: el agua que vivifica el desierto o la tierra estéril que da vida gracias al agua. El rasgo profético que se le da a la figura de Costa es finalmente modelado con la misma referencia bíblica, que no es otra que la tierra prometida por él. El fin del epitafio es, y nunca mejor dicho, lapidario. Ese «no legisló» ha venido alimentando la figura de Costa con el sustento básico del irredentismo aragonés.

A partir de ahora quisiera centrarme en este último fenómeno que me he permitido calificar como *irredentismo* y que viene a constituir una teoría identitaria formulada de una diversidad de maneras en el Aragón del siglo XX. Ha sido, por

otra parte, la forma más acabada de definir Aragón en épocas modernas y la más importante de todas junto con el constitucionalismo fuerista que fuera derrotado en 1591 por los ejércitos de Felipe II. Para el irredentismo Aragón es un territorio que debe ser redimido. De este modo encontramos el eco poderoso del irredentismo, cambiante con el discurrir del tiempo, en revistas como *El Ebro*, voz del nacionalismo aragonés en Cataluña antes de la guerra civil, en el republicanismo autonomista, en el Congreso Autonómico de Caspe de 1936, en la revista *Andalán*² desde 1972, en la letra de muchas de las canciones de José Antonio Labordeta³ y sobre todo en el ideario del Partido Socialista de Aragón entre 1975 y 1979.⁴

La redención de un país es una concepción generalizada que no define un particularismo, y en el caso español es la base del regeneracionismo cuyo impulsor más destacado fue el propio Costa. De ahí que se pueda afirmar en principio que no es éste un fenómeno específicamente aragonés. Este regeneracionismo fue la orientación primordial del propio Costa que no pensaba en construir doctrinalmente la nación aragonesa, sino en todo caso la nación española. Lo que sucede, sin embargo, es que Costa contextualizó intensamente su doctrina en Aragón, especialmente la que tenía que ver sobre todo con la redención de la nación gracias a la agricultura y muy especialmente su política hidráulica. Basta leer obras como *Política hidráulica* o *La fórmula de la agricultura española*, para observar las continuas referencias a Aragón y lo aragonés. Por otra parte, su labor de agitación política la lleva a cabo a través de mítines, muchos de los cuales tienen lugar en el propio Aragón; sus esfuerzos organizativos arrancan primero de la Cámara Agraria del Altoaragón o de la Liga de Contribuyentes de la Ribagorza, y su periódico más querido fue sin duda *El Ribagorzano*.

Costa, y no lo olvidemos, nació labrador de poca tierra y fue un campesino ribagorzano que gracias a una portentosa inteligencia y a un esfuerzo titánico, llega a convertirse en una eminencia nacional. Él mismo se definió en repetidas ocasiones como «un labriego aragonés forrado en intelectual». Siempre habló aragonés, y es bien sabido que en sus últimos años de residencia en Graus conversaba con sus convecinos en la variante ribagorzana del aragonés que allí llaman «grausino». Sabiendo lo que en aquella época, y aun después, significaba expresarse en un idioma sin reconocimiento alguno y propio de pastores, labradores y gentes «rústicas», el hecho en sí podría ser interpretado como un gesto, pero también, y probablemente con más verosimilitud, como una acción natural que muestra la propia localización de Costa, sin necesidad de forzar las cosas, en el contexto cultural propio de los labradores ribagorzanos, esos mismos labradores ribagorzanos que hoy paradójicamente ven en la política hidráulica una agresión y le adjudican simbólicamente un carácter agónico en relación a sí mismos y a su propia cultura.

De este modo podríamos decir que Costa lanzó un mensaje de regeneración española, y, sin embargo, después de su muerte dicho mensaje se vio proyectado a Aragón para constituir un particularismo, una forma nueva de definir Aragón.

Mi punto de vista quiere resaltar la obra de Costa como transmisora de una identidad básica, la del labrador aragonés, identidad que Costa mamó desde su infancia y que está muy presente en su obra. Sustancialmente, Costa reelabora dicha identidad dotándola de un discurso de elevado tono y dentro de él y muy especialmente, de imágenes poderosas que frecuentemente remiten a lo bíblico: las siete plagas, la tierra prometida; y también a la Naturaleza: el río que habla, los olivos que lloran, etc. La brillantez oratoria de Costa y el poder de su voz y presencia siempre fue muy resaltada por quienes le conocieron.

Esta identidad básica se fragua primero en el vínculo primordial con la tierra, aspecto característico de las identidades campesinas, pero también, y esto es lo específico en esta identidad aragonesa, en el reconocimiento de un desequilibrio determinante, que es el origen del irredentismo, ya que la tierra se seca y el país se vacía. De este modo construye Costa un discurso agónico que contextualiza intensamente en Aragón y muy especialmente en el Altoaragón. Sirvan, como botón de muestra, estos párrafos extraídos de un discurso que pronuncia Costa el día 8 de septiembre de 1892 en su condición de presidente de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza en la plaza de toros de Barbastro:

«Agricultor: Yo no sé si para este país nuestro, *tan postrado*, queda ya en lo humano algún remedio; yo no sé si hemos caído tan hondo, que no haya fuerza bastante poderosa a levantarnos; yo no sé si el Alto Aragón ha adelantado tanto en la *grave enfermedad* que lo consume y empuja con tanta persistencia hacia la *muerte* desde hace media generación, que todo intento de *redimirlo* deba fatalmente frustrarse; pero si todavía podemos abrir el pecho a la esperanza, si aún existe algún remedio para esa *dolencia* con todos los caracteres de *mortal*, ese remedio no está en parte alguna sino en vuestra voluntad, y esta voluntad no puede obrar de modo eficaz sino acerándola, agitándola con fuertes sacudidas y despertando en ella la conciencia, todavía dormida, de su poder, en reuniones como esta que ahora vais a celebrar, y que habrían conjurado la crisis a haber comenzado hace veinte años. Por eso, cuando esta mañana bajaba yo de la montaña y contemplaba a derecha e izquierda de la ociosa carretera las filas de olivos cargados de frutos al cabo de tantas y tan crueles sequías, me parecía como si los pobres árboles hicieran el postrer esfuerzo y exprimieran sus últimos jugos para suministrar el óleo con que ha de darse el viático al *pobre país agonizante*, y yo como un doctor de aldea vengo a juntarme con vosotros en consulta de médicos para pensar acaso en provocar una *reacción a la desesperada* con revulsivos y cauterios, o en una *transfusión de sangre* que renueve la vieja y caduca cuya impotencia viene demostrando con tan triste elocuencia este manojito de crisis que pone en problema, no ya la grandeza y el porvenir, sino que hasta la existencia de la patria».⁵

He subrayado algunas expresiones aquí contenidas y que en su conjunto vienen a modelar un discurso agónico que pretende trasladar con fuerza a sus oyentes el significado básico de esta identidad, la tierra seca que expulsa a sus moradores. Este es otro buen ejemplo referido a La Litera, comarca oscense seca y estéril que por entonces esperaba ansiosa el agua del canal de Tamarite; todavía habría de aguardar varias décadas.

«Yo vivo a orillas del Ésera, el río de donde ha de tomar sus aguas el canal de Tamarite, en el punto donde se le reúne el Isábena y juntos se despeñan, robusteciendo el murmullo alborotado de sus olas preñadas de promesas alentadoras con el eco fragoroso de las dos peñas gigantes que lo encajonan y oprimen. Todas las mañanas, al levantarme, escucho esa voz del río, que llega a mis oídos, siempre igual, como una letanía, diciéndome: -«Yo soy la sangre de La Litera, pero no corro por sus venas, y por eso La Litera agoniza; yo soy el rocío de La Litera, que ha de esmaltar de flores sus campos y mantener en ellos una primavera eterna, pero me apartan de allí porque no humedezca sus noches estivales y por eso las flores de La Litera son abrojos y sus campos, abrasados desiertos africanos, donde sólo pueden vivir tribus de negros sometidos a ignominiosa servidumbre (...) yo soy el camino por donde han de volver los tristes emigrantes de La Litera a sus despoblados hogares, pero corro de espaldas a ella, y por eso los emigrantes cuanto más caminan, creyendo llegar, se encuentran más lejos, (...) Yo soy las siete vacas gordas de La Litera, pero no se apacientan en sus campos, y por eso La Litera no bebe de su leche ni come de su carne, y se muere de hambre, se muere de sed, se muere de desesperación, arrojando por el mundo a millares sus hijos demacrados y harapientos que la maldicen, porque no supo siquiera abstenerse de engendrarlos, ya que no sabía administrarles el rico patrimonio y procurarles el mezquino sustento con que se contentan...».⁶

Finalmente recurro a un párrafo de una gran fuerza expresiva y emotiva:

«Volverán los tristes emigrantes, esparcidos por el mundo, a congregarse en torno al cementerio donde reposan los huesos sagrados de sus padres, calcinados por la miseria».⁷

La identidad aragonesa que se ve potenciada por el discurso profético de Costa, será elaborada como tal tras su muerte por quienes hacen una lectura aragonesa de su obra, y participarán en dicha elaboración costistas destacados como Bescós, nacionalistas como Torrente y Calvo Alfaro y periódicos como el *Heraldo de Aragón*; todo ello desembocará finalmente en 1936 en Caspe con la redacción de las bases para un Estatuto de Autonomía para Aragón que es apoyado por el republicanismo autonomista, el nacionalismo y el socialismo aragoneses.

Pero, por otra parte, este mismo discurso de Costa ha anclado en los ambientes populares y especialmente en los pueblos de Aragón, que cifran ya en el regadío sus esperanzas de progreso.

El irredentismo aragonés que se ha nutrido históricamente de la figura de Costa, tratando de encontrar en ella sustento doctrinal y símbolo fundamentador, ha perdurado en Aragón a lo largo de este siglo hasta dar muestras hoy de agotamiento.

Esta figura de Costa ha sido construida rubricando un conjunto de rasgos que se condensan explícitamente en el epitafio que antes comentaba y que figura en su mausoleo. Costa es dotado de un conjunto de atributos personales: firmeza de carácter, tesón, rectitud, brillantez oratoria, y que encuentran su fórmula en el ape-

lativo de «león de Graus». Al mismo tiempo que se obvian rasgos que han sido destacados por sus biógrafos como la ambición o cierta dureza de carácter. En conjunto, estos rasgos fundamentan su consideración como líder o más todavía como «conductor de pueblos». Además, Costa es un profeta, alguien que alumbra el futuro, y en este caso que «alumbra» el agua que es el futuro. Sin embargo, lo más relevante es ese «no legisló», ya que supone imaginar a un Costa fracasado en vida y convertido en una promesa. Así, la figura de Costa será siempre para el irredentismo aragonés una promesa y un fundamento profético.

Sin embargo, Costa no fracasó y sí legisló. Para ello hay que recordar que el mismo año de su muerte, en 1911, se aprueba la *Ley de Obras Hidráulicas* y poco después, en 1915, la *Ley del Plan de Riegos del Altoaragón*. El primer Congreso Nacional de Riegos se celebra en 1913 y viene a ser el germen de las futuras Confederaciones Sindicales Hidrográficas, antecedente a su vez de las actuales Confederaciones Hidrográficas. El pensamiento hidráulico de Costa supuso el fundamento doctrinal que luego desarrollaron ingenieros como Manuel Lorenzo Pardo o Félix de los Ríos, y que contribuyó decisivamente a llevar a cabo las construcciones hidráulicas en el Altoaragón y a dar cumplimiento a buena parte de las aspiraciones de Costa: el canal de La Litera o Tamarite es hoy el Canal de Aragón y Cataluña y el canal del Ara es hoy el del Cinca. En este siglo y en Aragón se han creado tres grandes sistemas de riegos (Bárdenas, Riegos del Altoaragón y Canal de Aragón y Cataluña) que han contribuido decisivamente al desarrollo de la agricultura y del medio rural aragonés.

La identidad aragonesa que ha construido el irredentismo y que tiene su referencia fundacional en la figura de Costa posee un rasgo esencial que me interesa destacar. La identidad aragonesa no pone el énfasis en la naturaleza de la «comunitas», sea ésta racial, étnica o lingüística, sino en el vínculo entre la «comunitas» y su territorio. Esto marca una diferencia sustancial con la identidad aragonesa, el constitucionalismo fuerista, que precedió históricamente a esta nueva versión, cuyo énfasis venía determinado por la naturaleza jurídica y constitucional de la «communitas» detentadora de derechos. Lógicamente esta identidad se fraguó en una época en la que el territorio aragonés no estaba todavía definido y resultaba cambiante. Por otra parte, esa identidad fue creada por nobles y burgueses y no por campesinos.

Aragón es tanto tierra como gente en un vínculo indisoluble, pero la tierra se seca y la gente la abandona. Esta circunstancia desequilibra el vínculo y de ahí, de esta constatación que Costa elevó a la categoría de discurso profético, nace una identidad cuya fuerza reside en la realidad del desequilibrio y en la promesa del reequilibrio gracias al agua. El irredentismo está soldado con el pesimismo y, debe ser alimentado periódicamente con el fracaso. Costa, representado con la imagen del «no legisló» ha venido realimentando periódicamente esta conciencia del fracaso.

Esta identidad ha sido siempre rural y campesina y se ha estrellado durante todo este siglo ante los muros de Zaragoza, ya que si bien desde la gran ciudad se han alzado voces e iniciativas irredentistas, éstas siempre se han proyectado hacia afuera, hacia el resto de Aragón, rural y agrícola. El fracaso de esta identidad a la hora de convertirse en una identidad política, referencia esencial para un movimiento nacionalista, obedece a diversas causas, pero sobre todo a no haber sido nunca una identidad urbana y moderna comparable a las identidades políticas de vascos y catalanes tal como surgieron en el siglo XX.

Finalmente, una hipótesis que tiene que ver con el recurso constante de Costa en sus discursos y escritos a las imágenes bíblicas, y muy especialmente al episodio de la salida de Egipto y al retorno del pueblo judío a la tierra prometida por Moisés. La identidad del pueblo judío fusiona inseparablemente a la comunidad y a la tierra perdida y prometida, de tal modo que el pueblo o la «*communitas*» sólo es tal en la posesión del suelo sagrado de Israel, mientras tanto su identidad viene configurada por el fracaso y la promesa. De algún modo, y es esto lo que deseo sugerir, Costa creó imágenes que transmitían una concepción identitaria modelada fuertemente con los trazos precisos de la tierra prometida y del éxodo judío. ¿Hasta qué punto estas imágenes contribuyeron a configurar una identidad aragonesa alimentada por un irredentismo de origen bíblico?

Creo necesario señalar que este irredentismo aragonés no constituye un particularismo exclusivo, sino que es posible considerarlo como un ejemplo entre otros. Por mi parte señalaría el paralelismo evidente entre el andalucismo que tiene su líder en Blas Infante y su propio irredentismo en la aspiración a la tierra. En el Aragón rural, constituido sobre todo por pequeños y medianos propietarios, este irredentismo no se fundamenta en la aspiración a la tierra tanto como en la redención de la tierra gracias al agua.

En 1991 y 1992 recorrí la ribera del río Ésera, desde Graus hasta Campo, para estudiar el impacto social que los diversos proyectos para la regulación del río Ésera mediante la construcción de una presa habían producido. En este tiempo conversé horas y horas con labradores ribagorzanos y muchos de ellos recordaban a Costa. Ahora mismo tengo presente a un anciano que afirmaba enfáticamente el «ya lo dijo Costa», para referirse al riesgo que corría la población de Graus por su proximidad al embalse de Barasona que oficialmente se llama «embalse Joaquín Costa». Al concluir el trabajo de campo y sumergirme en hojas y hojas de entrevistas ya transcritas, me llamó enseguida la atención la sucesión de expresiones de vida y muerte, de salud y enfermedad, que habían empleado en sus discursos mis interlocutores. Llamé a esto un «discurso agónico». Sin embargo, este discurso estaba construido como representación de las construcciones hidráulicas y de sus consecuencias para las comunidades afectadas de expropiación, que primero enfermaban, después agonizaban y finalmente morían. Leyendo tiempo después a Costa y especialmente su *Política Hidráulica* he observado un discurso

agónico cuyo eco he creído encontrar entre los habitantes de la Ribagorza actual, sólo que invertido, ya que hoy y allí lo que para Costa era vida es muerte. Ciertamente que en este discurso, hoy vivo, no existe ni una promesa ni una profecía; se trata más bien de la percepción y construcción del riesgo por parte de una comunidad, sólo que las imágenes que le dan cuerpo parecen bien «costistas».

He querido traer esta experiencia etnográfica reciente para poner de manifiesto la actualidad de la figura de Costa y sobre todo la del irredentismo aragonés. En el Aragón de nuestros días la doctrina de la política hidráulica es fuente y origen de conflictos, ya que una parte de su población ha tomado posición crítica respecto al desarrollo de nuevas construcciones hidráulicas. Desde que Costa escribiera o pronunciara discursos, la agricultura española y aragonesa han experimentado una transformación que hubiera asombrado al propio Costa y que hoy permite, cuando menos poner algún interrogante al desarrollo de nuevos regadíos. También hay que considerar la aparición de la ecología y las limitaciones que impone o el impacto extraordinario del cambio tecnológico. En definitiva, el escenario para la política hidráulica que Costa tenía ante sus ojos nada tiene que ver con el actual, y de ahí que sea preciso instrumentalizar una nueva política hidráulica para este escenario, en lugar de actuar con el empuje de la inercia histórica que ha acompañado el devenir de Aragón en las últimas décadas. En otro orden de cosas cabe preguntarse si un país como Aragón, que viene ocupando entre todas las comunidades autónomas una posición destacada en un indicador de riqueza tan significativo como el Producto Interior Bruto (PIB) por habitante, debe ser redimido.

Sólo he mencionado unos pocos datos y circunstancias para poner de relieve el agotamiento del irredentismo aragonés, y ello porque sencillamente Aragón ya no es ese territorio seco y mísero que expulsaba a sus habitantes.

Ahora bien, Aragón está sumido ciertamente en una profunda crisis de alcance histórico y que para un antropólogo tiene un interés especial, ya que estamos, sin duda, ante una crisis de identidad. Esta crisis cuyas manifestaciones más visibles son políticas y que han explotado finalmente para dar una pésima y terrible imagen al conjunto de la nación y acrecentar entre muchos aragoneses la sensación de que Aragón en su proyección hacia el exterior no es nada, se ha venido desarrollando en los últimos años y dentro del contexto de la creación del llamado Estado de las Autonomías. Aquí y en la proximidad de aquellas comunidades autónomas donde el peso del nacionalismo es tan fuerte, se ha extendido la creencia de que Aragón se está quedando atrás y que el nacionalismo es hoy una necesidad de supervivencia. Ahora bien, ¿cómo crear o inventar la nación?; y es aquí donde reside la crisis de identidad, ya que cualquier nacionalismo necesita una identidad política arraigada entre la población para poder desarrollarse. Aragón carece hoy de una identidad política y el irredentismo ya no resulta útil puesto que una mayoría de aragoneses no se sienten representados en él. Nos encontramos en Aragón ante

una evidente demanda de identidad política que se ha traducido en grandes manifestaciones aragonesistas celebradas en los últimos años y al mismo tiempo ante la ausencia de líderes y agentes sociales capaces de crear una teoría identitaria política y moderna que pueda arraigar entre la población.

Costa ha sido la gran figura del siglo XX aragonés al haber proyectado su figura de líder hasta nuestros días. Si Costa pudo haber fracasado en vida no fracasó después de muerto, y su éxito reside en haber inspirado una estrategia de desarrollo netamente aragonesa, vinculada a la política hidráulica y al desarrollo de la agricultura de regadío. Es cierto que esta estrategia de desarrollo no llegó en este siglo a alcanzar sus objetivos plenamente ya que la modernización de Aragón se debió más a un desarrollo general, pero contribuyó decisivamente a fijar población y a crear riqueza en una parte de Aragón, los territorios que hoy dependen de los tres grandes sistemas de riego. Su discurso vigoroso y repleto de imágenes poderosas dio fuerza al aragonesismo regeneracionista desde su muerte hasta la década de los ochenta y todavía hoy alimenta conciencias quizás nostálgicas en exceso.

Hoy interesa hacer balance crítico de la aportación fundamental de Costa, y más que nunca, puesto que probablemente en Aragón su figura haya oscurecido a su obra, releer todo aquello, que fue mucho y bueno, que escribiera para, con la distancia del tiempo transcurrido y los cambios que nos ha traído, contribuir a aquilatar y a la vez engrandecer su figura, por tantas cosas admirable.

NOTAS

- 1 He tomado esta cita de la obra de Eloy Fernández Clemente *Joaquín Costa. Regenerar España*, publicada en 1986 en Zaragoza por la Diputación General de Zaragoza.
- 2 No es ninguna casualidad que uno de los fundadores de *Andalán* y su director durante bastantes años fuera un costista destacado como Eloy Fernández Clemente.
- 3 La letra de la canción *Aragón*, de José Antonio Labordeta, es toda una declaración de irredentismo.
- 4 El irredentismo es sobre todo un substrato identitario que en el caso del PSA incorporó referencias ideológicas que estaban en consonancia. Algunas de estas referencias eran el marxismo, la teoría del intercambio desigual (Cardoso, Furtado, Samir Amin), la influencia de obras como *O atraso económico de Galicia*, de Xosé Manuel Beiras, y del andalucismo del Partido Socialista de Andalucía.
- 5 Costa Martínez, J. 1911. *Política Hidráulica. (Misión social de los riegos en España)*, Madrid, Biblioteca J. Costa, pág. 38.
- 6 Costa Martínez, J. *Op. cit.*, pág. 52.
- 7 Costa Martínez, J. *Op. cit.*, pág. 53.